

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

RUSIA, HOY (3) LIBERTAD Y PROGRESO MATERIAL

PERO si la felicidad material está todavía lejos, no hay que esperar tampoco muchas compensaciones espirituales. Hubo un tiempo, entre la muerte de Lenin y la entronización definitiva de Stalin, en que brillaron alrededor de Bukharin y otros jefes del Partido Comunista una pléyade de ideólogos, literatos y artistas, que convirtieron al imperio ruso en un foco del pensamiento progresista. Hoy en día, una cúpula del poder compuesta de septuagenarios, rústicos y obesos, sin herederos aparentes entre la juventud, cuece y recuece la santa palabra de Marx hasta dejarla exangüe y estéril, en un esfuerzo titánico para perpetuar el mando personal, duro, monótono, de unos pocos autócratas aburguesados.

Lo que buscan los señores de arriba ya no engaña a nadie. El constante sacrificio por su parte de los intereses de los proletarios de todo el mundo a las conveniencias del imperio ruso es demasiado evidente para que alguien se atreva a negarlo. La vigencia del archipiélago Gulag, para someter a los disidentes del interior al aparato del partido no puede ya ignorarse, ni los detractores de Solzhenitsin tienen fuerza bastante para desacreditar a un hombre que empieza a ser el signo, ya que todavía no es el símbolo, de una época. Pero lo más grave no es que los de arriba quieran mandar sin trabas. Lo triste es que los de abajo deseen obedecer sin límites.

En alguna ocasión he dicho que la parte más revolucionaria de la doctrina de Marx es aquella que propugna la creación de un hombre nuevo, distinto desde luego, y supuestamente más generoso, más imaginativo y, en definitiva, mejor. Pues bien, una encuesta llevada a cabo por la revista autóctona «Sovietskaja Rossia» pone de relieve, entre otras cosas, que los jóvenes rusos aprecian ante todo en las chicas «que sean tupidas, limpias y que sepan mantenerse en un segundo plano (entre los hombres, claro)». La mayor parte de las muchachas, por su parte, piensan casarse y desean sobre todo «casarse enamoradas, con un marido apuesto y rico, que tenga piso y, por lo menos, una moto». Estoy leyendo la disimulada aprobación en la severa faz de las formidables matronas victorianas del siglo pasado. Realmente, para llegar a este ideal pequeño burgués no hacía falta que Marx profetizara, ni que Gramsci y Geraudy y otros se preocuparan, ni desde

luego para tan lastimoso viaje necesitáramos alforjas.

Pero esta esterilidad intelectual no se produce sólo al nivel de la imaginación y de la psicología, descartando así toda esperanza de transformación humana, objetivo último del marxismo, como en su día lo fue del cristianismo. Además tiene, en efecto, consecuencias mucho más concretas en el retraso científico y técnico del campo socialista respecto al occidental, que a su vez repercute en el desarrollo económico respectivo. Para abreviar, aconsejo a mis lectores que pongan a dos columnas los adelantos más espectaculares del conocimiento humano, desde 1918 hasta hoy, obtenidos por un lado en el mundo libre y, por otro, en el ambiente del socialismo en el poder. Usen la lista de premios Nobel, si quieren. O mejor, pregunten a amigos cuyos especialistas de la medicina, de las ciencias naturales, de la física, de la química, de la biología, de la pintura, de la ingeniería, etc. y no vacilen en anticiparles que, por poco objetivos que sean los informadores, la lista liberal de avances del saber será cinco o diez, o más veces, más larga que la lista «socialista».

En la práctica económica esto se traduce en un déficit espectacular de la balanza de pagos de los países del Este —y concretamente Rusia— con el mundo occidental. Déficit crónico que se trata de evitar con tratados bilaterales y frenando el desarrollo, pero que a pesar de todo en el solo año 1975 representó 5.500 millones de dólares contra Rusia y 12.000 millones de dólares de déficit por parte del conjunto de países del Comecón. La deuda global acumulada por los países del citado Comecón con el occidente se sitúa actualmente en algo así como 32.000 millones de dólares. Y este déficit se produce sencillamente por el motivo de que el socialismo no tiene casi nada que ofrecerle a occidente ni en productos, ni en servicios, ni en técnicas.

En cambio, el socialismo necesita y desea mucho de lo que occidente produce. La prueba es que en los últimos años el incremento medio anual de las importaciones del Comecón con origen en el Mercado Común occidental es del 33%, mientras que el de las importaciones de los países socialistas procedentes de otros países del Comecón gira apenas alrededor del

15%. Dicho de otro modo, los camaradas prefieren los productos de occidente. Rusia en especial requiere los productos de la última revolución industrial que, como es sabido, gira alrededor de la electrónica y de la computerización y de cuyo «know-how» Rusia ignora mucho. Lo mismo puede decirse de la difícil extracción del petróleo siberiano, que requiere técnicas y capitales que los Estados Unidos pueden suministrar mejor que nadie.

No es nuevo que la base de los intentos actuales de «détente» estriba por parte de Rusia en la obtención de la ayuda técnica y científica de los americanos. Parece que recientemente Kosygin les dijo a unos delegados de la Alemania federal que estaba dispuesto a endeudarse hasta 30.000 millones de dólares más con el objeto de estrechar el «decalaje» tecnológico que tiene con el oeste. A base, claro está, de préstamos baratos del propio occidente, que éste parece inclinado a dar. Tenía razón el que dijo que nadie había ayudado tanto a la economía planificada rusa como la economía libre del mundo occidental.

Pero, cosas aparte, ¿a qué se debe este déficit de creatividad ruso que produce esta dependencia vis-a-vis de las economías occidentales? A mi juicio, únicamente a la falta de libertad. La aventura individual, la creatividad singular, la competencia entre los individuos libres, el estímulo del «yo» o de la persona, han hecho progresar a la humanidad más que otro factor cualquiera. Y ésta es la característica del mundo occidental desde los primeros intentos civilizadores de los griegos antiguos. Que occidente hoy, y en especial Estados Unidos, ven su cultura discutida desde muchos puntos de vista, está claro. Pero nadie puede negar que siguen siendo un foco creador de primera magnitud. Que en Rusia la libertad no existe es algo que no hace falta que lo diga Ramón Trias. (Ni hace falta que lo digan Solzhenitsin, o los miles de reclusos políticos que según «Amnistía Internacional» están en campos de concentración o los muchos que están en manicomios recibiendo tratamiento político-psicológico). Lo dicen los propios rusos en el poder y lo dicen con orgullo. Puesto que su dogma les dice que tienen la verdad y que ésta es la verdadera vía, sólo un loco puede discrepar. De ahí todos los «tratamientos» médi-

co-políticos y de «reeducación por el trabajo» como cosa normal. Pero, esta actitud incomprensible para nosotros no es sólo producto del marxismo ruso que considera al hombre un simple «insecto», sino que es producto de toda la historia moscovita. Y por eso marxismo y zarrismo-eslavismo van tan bien juntos y por eso mismo a nosotros no nos convienen nada. Un inteligente colaborador de «Destino» decía recientemente con razón «...que en (la) Rusia (de siempre) no se ha sido nunca uno mismo: no ha habido Renacimiento, ni ilustración que permitiera el nacimiento del «yo» y del «otro», ni ejercicio y gusto de la individualidad y de la libertad y (en la Rusia de hoy, siguiendo la tradición), el marxismo ha mirado al «yo» y al «otro» como al enemigo».

Sea como sea, esta falta de libertad individual, este desconocimiento a fondo de los derechos de la persona, es una pesada carga que figura en rojo en la hoja del deber del comunismo ruso. Pero, además, a esta actitud, oriental más que europea, se debe el retraso material de Rusia. Porque sin libertad no hay progreso espiritual, pero tampoco material. ¿Quién se acuerda hoy de la profecía de ese sólido ucraniano que fue Kruschev cuando anunciaba para 1975 la «victoria histórica» del «campo socialista», que produciría para entonces más bienes materiales que el mundo capitalista? En efecto, el año 75 ha llegado y la economía rusa sigue penosamente por detrás de la norteamericana y de la europea y así seguirá siendo durante un tiempo indefinido, a pesar de todo.

Digan lo que digan, casi dos tercios de siglo después de la Revolución de octubre, Rusia es un país desarrollado a medias, de producción débil, nivel de vida bajo y distribución desigual de la renta, que se ve obligado a comprar alimentos y a importar técnica y equipo, incluso trabajadores especializados de occidente, para salir adelante. Y nosotros sabemos que esta situación no es un accidente, ni es culpa de los rusos. Es atribuible a un sistema que cercena la libertad de iniciativa y la imaginación. A los que no les preocupa la falta de libertad personal, deben preocuparles los pobres resultados materiales que esta falta de libertad trae consigo.

Ramón TRIAS FARGAS

LO QUE OCURRIRA MAÑANA

PROFETAS Y PROFETISMOS

A la gente le gustan los profetas. O mejor dicho: le gustan las profecías. Esa cosa enigmática, angustiosa precisamente por serio, que llamamos «futuro», siempre ha sido objeto de imposibles indagaciones: deseáramos saber lo que ocurrirá mañana, salir de la incertidumbre diaria, estar seguros de los riesgos o las venturas que nos esperan. Pocas serán las sociedades en cuyas costumbres no se intercala la adivinación a los vaticinios. Las supersticiones folklóricas, en todas partes, suelen tener un rico apartado sobre agüeros, señales y sortilegios. Y las personas especializadas en tales adivinanzas han conseguido, en cualquier momento, una atenta clientela: Isaias, la correspondiente pitonisa o sibila de Delfos, Nostradamus, la madre Rafols. Hoy mismo, y en el área laica y aparentemente «racionalizada» en que vivimos, continúan vigentes —y muy animosos, por lo que se ve— los residuos de la astrología ancestral, y si la sección de horóscopos de las publicaciones periódicas goza de asiduos lectores, el hecho no debe ser tomado a broma. De algunos gobernantes se cuenta que consultan a las estrellas tanto como a sus asesores técnicos. No me sorprendería. Y no olvidemos, de paso, la «cientificación» de esta ansiedad general a través de complejos cálculos de probabilidades, recién y jovialmente bautizada con el nombre de «futurología»...

Desde luego, el fenómeno es confuso y abigarrado. En un análisis riguroso, si fuese factible y valiese la pena, tendríamos que empezar por hacer distinguimos importantes: no es igual una echadora de cartas o una rúbrica grafológica de «magazine», por ejemplo, que un vidente. Y entre los propios videntes convendría introducir clasificaciones y jerarquías... No se me me olvide. Con esto no quiero afirmar que la cartomancia sea menos digna de crédito que el éxtasis de un improvisado clérigo de El Palmar de Troya o de cualquier erupción antigua. No lo es menos ni más: sencillamente, no lo es. La averiguación del porvenir, a todos los niveles, constituye un pasatiempo esencialmente tonto, en la medida en que se apoye en presagios, conjunciones astrales y carismas sobrenaturales o preternaturales. Pero, en la práctica, el asunto se complica. Las consecuencias tangibles de las «manías» habituales son modestas, pasajeras, casi higiénicas: la quimancia, la ornitomanía, la geomancia, la piromancia, la hidromancia, la... Son muchos los expedientes aseQUIBLES. La uromancia es el arte de «adivinar» mediante el examen de la orina del individuo solicitante. Y la bibliomanía, abriendo un libro al azar. Un profeta, en cambio... Un profeta es harina de otro costal. Ingresamos con él en el terreno de la religión.

El profeta, en efecto, sólo funciona dentro de una religión: se presenta «inspirado» por la Divinidad. Y, al hacerlo, la pone en la delicada situación de garante: Dios evalúa la palabra del

profeta. Si el profeta se equivoca —no «acierta»—, Dios queda en mal lugar, naturalmente. De ahí la desconfianza que la Iglesia romana, y todas las Iglesias bien plantadas, han proyectado sobre el «profetismo» surgido en su seno. Para estas instituciones, los profetas paleotestamentarios no son problema —lo fueron para la Sinagoga—: pertenecen a un pasado ya cancelado. Lo que les preocupa es el fulano eventual que está convenido de disponer de «hilo directo» con la Virgen, con Jesucristo o con san Blas. Los curiales del Vaticano tienden a desautorizar a las Bernadetas, a los frailes estigmatizados, a las epilepsias místicas. Y hacen santamente. Toda cautela es poca, para ellos en este sentido. Ya están viendo ustedes el lío del núcleo sevillano de El Palmar: con una alegría extraconcordataria deliciosa, se multiplican los obispos como setas. Lo malo es que por aquello de la «tradición apostólica», un obispo debidamente consagrado puede consagrar tantos obispos como le venga en gana, sin que canónicamente se le puedan argüir peros. En el Ministerio de Justicia —que es, además, de Culto y Clero, aunque se disimule— y en la Nunciatura estarán incomodados.

El profeta, por definición, es un señor que predice lo que acontecerá. ¿Ha habido alguno cuya predicción se haya visto corroborada por los hechos? Don Juan Santiago Rousseau, filósofo helvético de notoria celebridad, exponía sus escrúpulos, más o menos, así: para admitir una «profecía cumplida», haría falta, primero, haber asistido al acto en que fue profetizada; segundo, ser testimonio de que el suceso se produjo como había sido pronosticado; y tercero, que se demostrase que la concordancia entre la «profecía» y su presunto «cumplimiento» no fue una circunstancia fortuita. ¿Quién no suscribiría estas precauciones? Sospecho que la Sagrada Congregación de Ritos las hace suyas: el «abogado del diablo», oficio canónicamente embigüñado pero de espectacular significación, podría tomar pie de este natural escepticismo. Por lo demás, ¿cuántas «profecías», incluso las de almanaques populares, no se han «cumplido»? Son palcos de alego, y a veces, atinan. Los que «atinan» son recordados; los que fallaron se deslizan hacia la nada. La historia de las «profecías» es un embrollo basado en la verificación. Los profetas que han sido confirmados por la «realidad», ¿son portavoces de Dios?

Enseñaré las cartas. Escribo este artículo teniendo a la vista otro de don Joaquín María Bartrina, el gran poeta de Reus —Gabriel Ferrater le sigue en la lista—, de quien me aprovecho para citar a Rousseau. No me pongo moños con la erudición ajena. Bartrina alegaba una décima publicada por Torres Villarroel en 1756. Esta:

Cuando los mil contarás, con los trescientos doblados,

y cincuenta duplicados, con los nueve dieces más, entonces tú lo verás, ¡misera Francia! Te espera tu calamidad postrera con tu rey y tu delfín, y tendrás entonces su fin tu mayor gloria primera...

que convoca a la suma. Descifren ustedes el acertijo, y la cifra será 1790, coincidente con la augusta dogollina o guillotización de los Capetos. Perfecto. No sé que ningún canonigo haya promovido la causa de beatificación del imbeaificable Torres Villarroel por haber sido «profeta». Quizá sea porque, en definitiva, la «calamidad» no fue tan rotunda como todo eso. De Gaulle, hace cuatro días, volvía a ser un «Rey Sol» incordiante. No importa. El tema es irrisorio, si se mira hacia atrás. Lo de ahora es diferente.

A las iglesias cristianas estabilizadas —hablo de Europa— les han salido últimamente unos quistes «proféticos» alarmantes. Las noticias se filtran. Hay un «profetismo» de izquierdas, por decirlo de algún modo, y no es un modo de decirlo: el cura obrero, el teólogo que descubre el huevo de Colón, ciertas iras de feligreses que uno no entiende por qué siguen siendo feligreses... Este brote «profético», calificable de «progresista», incomoda a Roma: incomoda a las mitras reunidas en conferencias, oficialmente nacionales. Pero también está ahí el otro «profetismo»: el de la siniestra —diestra—, ¡altol— manobra de las «apariciones», y su rastro episcopal... En realidad, un «profeta», al lanzar su «profecía», se enfrenta con la ecuanime, arterioesclerótica «organización» eclesiástica. Y es un «anarquista», en consecuencia... Nunca, que se sepa, un solo profeta dio en la diana. Ni Jeremías, ni Baruc, ni Ezequiel, ni el resto. Ni Mahoma, que todavía es más «profeta» que nadie, con la juega ultracapitalista de los jeques del petróleo y de las dictaduras norteafricanas... Los «profetas» anuncian «desgracias», en un alto tanto por ciento. Y al anunciarlas, las provocan... Si se me permite una coda lírica, y un poco bíblica, concluiré: «Bienaventurado el pueblo que lapida a sus profetas porque despeja el horizonte». Por descontado, ese «pueblo» dudoso también lapida a quien le sugiere cualquier invitación a la libertad y a la conciencia de su «inconsciencia». ¿Qué es, a estas alturas una «profecía», digo yo? Y díganlo los cardenales...

Joan FUSTER

LABORATORIOS LLORENS

Comunica a sus clientes y proveedores en general que a partir del 2-2-76 ha reanudado sus actividades tras el cierre efectuado debido al conflicto laboral surgido en la misma y que, en la actualidad, están normalizándose sus actividades con la reincorporación al trabajo de la mayoría de la plantilla.

¿NO VE VD. BIEN? COMPRE SUS GAFAS EN



CLARAMUNT PINO, 6 GAFAS PERFECTAS Y ECONOMICAS

REAL CLUB DE TENIS DEL TURO CONVOCATORIA PARA LA ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DE SOCIOS

Que se celebrará el día 11 de febrero de 1976, a las 22.30 horas, en el local social de Avda. del Generalísimo, 673.

ORDEN DEL DIA

Discusión y en su caso aprobación de la reforma de los Estatutos para adaptarlo al número de socios Activos, en función de las peticiones de socios afiliados.